

DEL BURGOS DE ANTAÑO

Nuestra ciudad, sede de una Reina y de su Corte

Aunque a nuestra ciudad le cupo, en el correr de su historia fecunda y gloriosísima el honor de albergar muy reiteradamente en su seno a personajes reales ¡qué no en vano es uno de los gloriosos motes de su escudo, el de «Cámara Regia»! queremos airear hoy, en las burgalesísimas páginas de nuestro «Boletín», una Regia estancia en esta capital, silenciada hasta el día por doctos y anteriores escritores de las cosas notables, acaecidas en la ciudad del Caput.

Corrían los primeros años del siglo XVIII, momento trascendental e histórico, en el que, el testamento del último y decadente vástago de nuestra casa de Austria, abría para España un nuevo y temeroso interrogante al advenir al Trono la dinastía francesa de Borbón en la persona de Felipe de Anjou, que al pisar por vez primera estas tierras para él ignotas y extranjeras, sabe trae para ellas la certidumbre de una lucha feroz y sin cuartel, que el testimonio histórico recoge con el dictado de «Guerra de Sucesión», en el correr de la cual, y como en otras diversas ocasiones, España se divide y unas provincias toman partido por el Archiduque Carlos de Austria, al paso que otras, una de ellas nuestra vieja ciudad, se pronuncian por el nuevo y juvenil Monarca, Felipe el Animoso.

La lucha, enconada, larga y equilibrada en el correr de los años 1702 a 1705, se inclina resuelta y claramente a favor del de Austria, al final de este último; Cataluña toda es dominada por las tropas del Archiduque y en pos de ella Valencia, y para colmo de males, al mediar el año 1706, el general Gollowvy y el Marqués de las Minas, baten al Duque de Verwick y conquistan Madrid que el Rey Felipe hubo de abandonar seguido de los restos de su disuelta Corte, replegándose

hacia Valladolid, desde la cual ciudad inicia, rápido y decidido, una nueva campaña, al paso que dispone que su joven esposa María Luisa de Saboya — intrépida y atrayente figura de reina y de mujer — y en pos de ella, toda su Corte y séquito, partan con dirección a Burgos.

El 1.º de julio de 1706, en marcha ya hacia nuestra ciudad, María Luisa y sus acompañantes, de los que eran figuras destacadas, ante todo la famosa e intrigante Princesa de los Ursinos, Camarera Mayor, confidente y aun consejera íntima de la Reina, y en un plano inmediato, el Conde de Santiesteban, Mayordomo mayor, el Marqués de Castel Rodrigo, Caballero mayor y el Nuncio apostólico, pisan por vez primera la tierra burgalesa, reposando de las fatigas e incertidumbres de un largo caminar en el acogedor y secular recinto del monasterio de La Vid, en tierras arandinas, hasta el que han acudido en nombre del municipio burgalés, para ofrendar cordial bienvenida a su querida Reina, los caballeros Regidores perpetuos Marqués de Villacampo (1) y don Joaquín Mendoza, a quienes la animosa Señora acoge complacida y manifiesta: «como si todas las ciudades del reyno, obrasen con la lealtad que Burgos, no se viera S. M. como oy se ve». (2)

La entrada pública y solemne de la Reina, en nuestra capital, tuvo efecto con fecha 5 de julio de aquel año. Dos días antes, había acordado la Municipalidad, reunida en Regimiento extraordinario: «que a partir de mañana 4, se pongan luminarias en toda la ciudad por el gusto de entrar en ella la reyna nuestra señora». En tan solemne como vistoso acto, acompañaban a María Luisa de Saboya, amen del personal de su casa y servicio, un muy lucido séquito de Grandes de España, Consejeros de la Corona y de las Ordenes militares, Oidores, etc., entre los cuales no debemos silenciar como más destacados, primero, el Condestable de Castilla, en cuya prócer y secular mansión — honor de Burgos y testigo aún enhiesto de la historia de España — se aposentó la gentil Soberana en el correr de los noventa días que honró esta

(1) El Marquesado de Villacampo fué creado por Carlos II en 1666 a favor de don Antonio Fernández de Castro de la Moneda, Caballero de Santiago, Señor de las villas de Celada del Camino, Tamarón y Vilviestre, Alcalde Mayor perpetuo de Burgos. Progenie fué ésta de los Fernández de Castro de la más rancia solera burgalesa, regentando frecuentemente en nuestra capital cargos bien destacados. El marquesado se vinculó, más tarde, en una de las diversas ramas ciudadanas del ilustre apellido Salamanca, por el matrimonio celebrado en la iglesia parroquial de San Gil el día 24 de octubre de 1784, entre D. Felipe Antonio Salamanca y Moreda y Doña Luisa Fernández de Castro, heredando este título, en 1772, el primogénito de este matrimonio Don Jerónimo de Salamanca y Fernández de Castro. Este marquesado se unió, más tarde, al de Torre Manzanal y Condado de Campo Alange, este último con Grandeza de España.

(2) Actas municipales burgalesas. Año 1706. Folio 175 recto.

vieja ciudad con su grata presencia (3); y en pos de él al Cardenal Nuncio Apostólico, al Duque de Veragua y Presidente del Consejo de las Ordenes militares, a quien acompañaba su hijo primogénito, al de Pópuli, Presidente del de Indias, al de Medinaceli, al de San Pedro de Abrantes, al Conde de Montalvo y otros. Unas horas después de su llegada, acudieron para cumplimentarla, el Arzobispo Don Manuel Francisco Navarrete, el Cabildo Catedral y la Corporación Municipal «por Ciudad», presidida por el Corregidor Marqués de Gaztañaga; quedando todos prendados de la juvenil belleza, simpatía y don de gentes de la egregia señora. (4)

Suprimidos, por orden expresa de la Soberana, toda clase de festejos profanos, durante la estancia en Burgos de la Corte, queremos reseñar brevemente, los más espectaculares y vistosos entre los no escasos que de carácter religioso se organizaron en nuestra población, para impetrar de la Divinidad el triunfo del rey Felipe V y con él la vuelta de los Reyes a su corte y mansión.

La cofradía de Nuestra Señora de Belén, canónicamente establecida en nuestra bella iglesia parroquial de San Lesmes (5), organizó para la noche del 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, una solemne y popular procesión del Rosario, que saliendo del precitado templo, recorrió las calles de la Puebla, Plaza Comparada (hoy Calvo Sotelo), Mercado Mayor (Prim y Queipo de Llano); para regresar por Cantarranas la Mayor (Almirante Bonifaz), el final del juego de pelota

(3) Ni Cantón Salazar, en su «Monografía histórico-arqueológica del Palacio de los Condestables de Castilla». (Burgos 1884), ni mi querido compañero de Cuerpo y Academias, Matías Martínez Burgos, en su interesantísimo «Estudio» sobre esta prócer mansión, mencionan para nada, la regia estancia que estamos historiando. Nos es grato, por tanto, añadir este timbre de gloria a los muchos que esmaltan y aureolan esta insigne casona. Albarellos trató el tema ligeramente en las páginas 155 y 156 de sus curiosas «Efemérides burgalesas», pero equivoca alguna fecha.

(4) Queremos, a este respecto, reforzar nuestro aserto, con las autorizadas palabras del célebre escritor y político Don Melchor Rafael de Macanaz, coetáneo de la gentil señora, a quien alaba en sus escritos con complacencia sincera y reiterada, afirmando de ella: «que a los 13 años, tenía el espíritu y la penetración de una mujer de 30». (Macanaz.—«Memorias para el gobierno de la Monarquía».—Número 11. Capítulo IX).

(5) Fundada esta Cofradía en 1653, tuvo su primitivo altar al pie de la nave del Evangelio, donde hoy se halla emplazada la pila bautismal; hasta que deseando mejorar este más que mediano emplazamiento, gestionó y llevó a término feliz, un acuerdo con la familia Quijada, patrona, por entonces, de la capilla llamada «de los Haro» o Nuestra Señora, verificando su traslado a esta última, con fecha 11 de septiembre de 1711. Esta capilla «de los Haro», está sita en la cabecera de la nave parroquial del Evangelio, entre la titular de San Jerónimo (actualmente destinada a los servicios de calefacción) y el altar de Nuestra Señora del Rosario. Fué fundada, a principios del siglo XVI, por Juan Rodríguez de Haro. Son notables sus dos arcosolios; de ellos, el central pertenece a Cristóbal de Haro, primer patrono y a su mujer Catalina de Ayala; el inmediato retablo mayor guarda los restos de Lesmes de Haro y de su esposa Isabel de Astudillo.

Cadenas de San Ildefonso (Parque de Artillería y Santocildes) y calle de San Juan, a su punto de origen; uniéndose a los numerosos cofrades que desfilaron con hachas encendidas y portando sus nueve monumentales faroles procesionales, todo el pueblo devoto, entonando unos y otros, bajo la dirección de la capilla catedralicia, el Santo Rosario y algunos villancicos. Para dar mayor vistosidad al piadoso desfile, se iluminaron — empresa entonces nada parva — las calles del trayecto, y de manera muy especial y artística el trozo de muralla (aun entonces enhiesta) que en la Plaza Comparada hacía frente a la mansión real, así como también la fachada principal del Palacio de los Condestables, luciendo, entre uno y otro emplazamiento, hasta un total de 200 faroles. La Reina María Luisa, que presencié el ejemplar desfile desde el balcón central de su morada, quedó tan satisfecha del entusiasmo y religiosidad de nuestros «revisagüelos» que, al decir de la crónica, exclamó en más de una ocasión: «viva la gente burgalesa».

Mayor suntuosidad revistió aún la solemne procesión de rogativa que esta misma cofradía, en colaboración con la Jerarquía eclesiástica, organizó, para el día 30 de este mes y año, hasta el «Cristo de San Agustín», hoy venerado en la capilla de esta advocación, en nuestra Iglesia Catedral Basílica. (6)

En este día, la comitiva partió de dicho santo Templo, llevando procesionalmente la imagen antiquísima de Nuestra Señora de Oca, la reliquia conteniendo el brazo de San Indalecio y el glorioso trofeo que como testigo secular de la batalla de Las Navas de Tolosa, pende aún en nuestros días, de la nave mayor; trofeo que era portado, para mayor honor, por el Condestable de Castilla, tirando de las caídas, otros dos Grandes de España. El solemne cortejo iba presidido por el Excelentísimo Sr. Arzobispo, Don Manuel Francisco Navarrete, revestido de gran pontifical, rodeado por el Cabildo Catedral y precedido del Regimiento en pleno, que concurría «por Ciudad», presidido a su vez por el Corregidor, Marqués de Gaztañaga. Inmediatamente, y delante de la Presidencia, figuraba en doble fila un lucido y copioso cortejo de Grandes de España, palaciegos, Consejeros, etc.

Se organizó la procesión en la Plaza de Santa María, continuando por la Librería (Cadena y Eleta), Plaza del Sarmental, Cerrajería (Pa-

(6) Lo fe documental nos dejó no escasos testimonios de momentos diversos en los que las enervorizadas multitudes de aquel Burgos de otrora, con el Regimiento y demás autoridades a su frente, acudieron a la milagrosa mediación del por antonomasia llamado «el Santo Crucifijo»; ya que para impetrar la protección del Cielo, en momentos cruciales, como el que aquí historiamos, ya para testimoniarle su gratitud sincera y reverente, por la consecución del bien solicitado.

loma), Trascorrales (Lain-Calvo); dobló calle por delante del Palacio del Conde de Villariego (Hotel Norte y Londres), frente a la Plazuela de la Chancillería (Alonso Martínez), siguiendo a lo largo de toda la calle de San Juan al pie de cuya monumental puerta, fué recibida por el cabildo parroquial, presidido por su jefe nato, el Abad del secular monasterio de esta advocación. Una vez el cortejo adentrado en el templo, fueron entonados varios motetes y oraciones, reanudándose inmediatamente el recorrido hacia San Agustín, por las calles de la Puebla, Plaza Comparada, desde el cual lugar, hubo S. M. de contemplarla, muy a satisfacción, Mercado Mayor, Puente de Predicadores (San Pablo), Carrera de San Pablo (calle de Valladolid), Plaza de Vega, Plazuela de San Felices de Calatrava, Barrioderas (calle de Madrid) y Monasterio de San Agustín, en cuyo suntuosa capilla del Santísimo Cristo, se celebró una función solemne.

Como si la Divina Providencia hubiese oído propicia tan fervorosas súplicas, a partir de estos momentos la guerra de Sucesión toma un rumbo francamente favorable al rey Felipe. El general Galloway es derrotado por el Duque de Berwick en Almansa, y el Marqués de las Minas, paladín tan esforzado como decidido del pretendiente austriaco, se ve compelido — mal de su agrado — a abandonar Madrid, en la cual capital hace de nuevo su triunfal entrada el monarca Animoso, con fecha 10 de octubre. María Luisa, lógicamente ansiosa de unirse con su esposo, abandonó nuestra hospitalaria ciudad, cuatro días después, acompañada de aun más vistoso séquito que a su venida trajo, ordenando desde Torquemada, final de su primera etapa de regreso, que su Mayordomo mayor, Conde de Santiesteban, dirigiese a la Corporación Municipal una sentida carta, expresiva del agradecimiento de la egregia señora por la obsequiosa y constante devoción de la Ciudad y pueblo burgalés. (7)

No era fácil empresa borrar el recuerdo de encanto y simpatía que esta gentil Soberana de 18 años dejara a lo largo de su dilatada estancia (más de tres meses), en nuestra capital, y así, cuando un año después se supo en ella la inminencia del primer alumbramiento de tan querida Reina, se organizó para la noche del 23 de julio de 1707, otra procesión del Rosario, análoga a la aquí descrita, para impretar del Altísimo un parto venturoso, a la cual procesión se añadió un triduo solemnísimos, organizado por la antecitada Cofradía, festividad religiosa que se desarrolló en el correr de los días 23, 24 y 25, predicando, el

primer día, el Padre guardián de San Francisco, el segundo, el Padre Superior del Colegio de la Compañía de Jesús, y el tercero, el Padre Prior de San Pablo.

Al conocerse en la ciudad el fausto suceso del nacimiento de un Príncipe de Asturias (30 de agosto), venido al mundo el 27 de precitado mes (8), ordenó el Arzobispo que se echasen a vuelo las campanas de todas las parroquias y monasterios, al paso que el Regimiento acordó se disparasen «voladores» durante todo el día hasta un importe de cien reales vellón, suma de reales que ciertamente daba mucho de sí, por aquellas kalendas, así como también, que durante tres noches, luciesen luminarias a lo largo de las murallas públicas; fiestas éstas que tuvieron animadas secuelas en fechas sucesivas, mereciendo una especial mención, entre las profanas, dos acosos de 12 toros cada uno, acaecidos los días 11 y 15 de septiembre, y entre las religiosas, una concurridísima procesión de acción de gracias celebrada el 30 de aquél mes, y un muy solemne y segundo triduo a expensas de la tan repetida Cofradía, en las fechas del 1 al 3 de octubre, en el que dejaron oír sus elocuentes voces los mismos calificados oradores sagrados, quienes hasta tal punto supieron enfervorizar a sus oyentes, que la hermandad organizadora acordó dar a los tres sermones los honores de la publicidad, con preliminar y sentida dedicatoria a la Majestad del rey Felipe V, el cual Monarca, agradecido por tan fina atención y sabedor de lo mucho que esta tan pia asociación había hecho en honor de su esposa, le otorgó el título preciado de «Real Cofradía», por la cual excepcional distinción la hermandad, justamente orgullosa, colocó en lo alto del retablo mayor de su capilla, el escudo y armas reales, aun hoy día visibles.

Y con ello doy fin al relato de esta verídica y ejemplar remembranza, que dice, mucho y bien, en pro de la leal y austera Cabeza de Castilla.

ISMAEL GARCIA RAMILA

(8) En el correr del tiempo, efímero Rey de España, con el nombre de Luis I.